

Vie Evangelio del día
17
Oct Vigésimo octava semana del Tiempo Ordinario - Año Par
2014 Hoy celebramos: San Ignacio de Antioquía (17 de Octubre)

“Cuidado con la levadura de los fariseos”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 11-14

Hermanos:

En Cristo hemos heredado también los hijos de Israel,
los que ya estábamos destinados por decisión
del que lo hace todo según su voluntad,
para que seamos alabanza de su gloria
quienes antes esperábamos en el Mesías.
En él también vosotros,
después de haber escuchado la palabra de la verdad
—el evangelio de vuestra salvación—,
creyendo en él
habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido.
Él es la prenda de nuestra herencia,
mientras llega la redención del pueblo de su propiedad,
para alabanza de su gloria.

Salmo de hoy

Sal 32, 1-2. 4-5. 12-13 R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad

Aclamad, justos, al Señor,
que merece la alabanza de los buenos.
Dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas. R/.

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 12, 1-7

En aquel tiempo, miles y miles de personas se agolpaban. Jesús empezó a hablar, dirigiéndose primero a sus discípulos:
«Cuidado con la levadura de los fariseos, que es la hipocresía, pues nada hay cubierto que no llegue a descubrirse, ni nada escondido que no llegue a saberse.

Por eso, lo que digáis en la oscuridad será oído a plena luz, y lo que digáis al oído en las recámaras se pregonará desde la azotea.

A vosotros os digo, amigos míos: no tengáis miedo a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más.

Os voy a enseñar a quién tenéis que temer: temed al que, después de la muerte, tiene poder para arrojar a la “gehenna”. A ese tenéis que temer, os lo digo yo.

¿No se venden cinco pájaros por dos céntimos? Pues ni de uno solo de ellos se olvida Dios.

Más aún, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No tengáis miedo: valéis más que muchos pájaros».

Reflexión del Evangelio de hoy

El judío Pablo sigue con su “fijación” por los paganos y gentiles, una vez que los de su pueblo rechazan al Mesías. Por eso, les dice a aquéllos:
“Vosotros, que habéis escuchado la extraordinaria noticia de que habéis sido salvados, y habéis creído, habéis sido marcados por Cristo...” Al final, todos los creyentes formaremos un solo pueblo, el de Dios Padre; todos salvados por Cristo y marcados por el Espíritu.

En el Evangelio, Jesús se dirige a sus discípulos y a una multitud que le seguía, y les da unas recomendaciones para que vayan transformando sus vidas, evitando conductas y formas de ser “tóxicas”, y siguiendo el modelo suyo, en la doble vertiente de lo que dice, lo que hace, y cómo lo hace.

Valores y “valores”

Jesús les habla de valores y contravalores; pero éstos, para los que los poseen, son tan valores como los que más. Por eso, llamándolos como ellos, los “contravaloramos” como Jesús, aunque presumieran de ellos los fariseos de entonces y lo sigan haciendo los de ahora.

“Cuidado con la levadura de los fariseos”. Jesús sabía perfectamente quiénes eran los fariseos y su poder fáctico, pero se lo dijo porque eran unos hipócritas. ¿Recordáis lo que hizo el Papa Francisco hace unos días con otros “fariseos” de cuya levadura había que tener cuidado? Lo mismo. Hizo una visita vespertina a Caserta, la ciudad principal del territorio del clan Caseleci, la mafia de la zona de Nápoles, y en su homilía tuvo la valentía de denunciar su hipocresía, su anarquía y su corrupción. Poco más tarde, en Calabria, llegó a decir a los mafiosos que estaban excomulgados, “por su adoración al mal”. Y se quedó tan ancho, aunque no ignorara las posibles consecuencias.

Jesús y el Papa Francisco nos piden que seamos coherentes como ellos. Que tengamos cuidado con los hipócritas y con su fermento para que no lleguemos a contagiarnos de ese contravalor. Nos piden que tengamos el fermento y la levadura de un corazón limpio, pacífico y transparente, que contagie a cuantos contacten con nosotros, de estos valores evangélicos.

“No tengáis miedo”. Siempre nos quedará la confianza

Y Jesús, después de decir lo que dijo a los fariseos, nos pide no tener miedo. Y el Santo Padre, después de denunciar a los mafiosos su maldad y toxicidad, nos pide lo mismo: valentía para, con alegría, seguir anunciando el Evangelio y denunciando sus contravalores.

¿Porque, ignorando las posibles consecuencias, soñamos con un baño de masas que aplaudan nuestra sinceridad y valentía? No. Sabemos cómo acabó Jesús y cómo lo hicieron sus discípulos más directos. Sino porque al final, “nada hay cubierto que no llegue a descubrirse, nada hay escondido que no llegue a saberse”. Al final triunfará la verdad, la autenticidad y la coherencia; pero eso al final. De momento, lo nuestro es sembrar a manos llenas y, sobre todo, a vida llena.

Y hacerlo con las formas de Jesús, respeto, libertad, compasión, misericordia. Y que nos vean, como a él –como al Papa Francisco- sin miedo, con confianza. Porque los poderes de este mundo sólo pueden matar el cuerpo, no pueden hacer más. Y, sobre todo, porque lo mismo “que Dios no se olvida de ningún gorrión, aunque se vendan por dos cuartos, nosotros hasta los pelos de nuestra cabeza tenemos contados”. Jesús, con un enorme cariño y ternura, nos dice que “no hay comparación entre nosotros y los gorriones”. Si lo creemos, surgirá espontáneamente en nosotros la confianza; y con ella, la paz. Y estemos seguros que, con confianza en Dios, no en nosotros, y con mucha paz, nuestras palabras, nuestras acciones y nuestra vida serán creíbles. Como las del Papa Francisco; como las de San Ignacio de Antioquía; como las de Jesús.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

San Ignacio de Antioquía

Si uno acude a un manual de Patrología —tratado sobre los Padres de la Iglesia— hallará que siempre se abre por un grupo de Padres que reciben el apelativo especial de Apostólicos, y que este grupo, que en un principio parece relativamente numeroso, va reduciéndose hasta quedarse en tres solamente, pues sólo estos tres responden de verdad a ese apelativo, y son: San Clemente de Roma, San Policarpo de Esmirna y San Ignacio de Antioquía, los únicos escritores cristianos —aparte de los autores canónicos del Nuevo Testamento— de finales del siglo I o comienzos del II, cuyos escritos expresan y dan testimonio de la doctrina predicada por los Apóstoles, con los que estuvieron relacionados de manera más o menos inmediata, y acaso personal.

Sin duda el más importante para nosotros es San Ignacio.

Las Cartas

La historia de la vida de San Ignacio se reduce, en definitiva a sus Cartas. En ellas se basa la noticia que podemos leer en la historia Eclesiástica, de Eusebio de Cesarea, que data de los primeros decenios del siglo IV. Hablando de los acontecimientos eclesiales de los tiempos del emperador Trajano (98-117), escribe, a la vez adquirían notoriedad Papias, obispo también de la iglesia de Hierápolis, e Ignacio, el hombre más célebre para muchos todavía hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía. Una tradición [una fuente escrita] refiere que éste fue trasladado de Siria a la ciudad de Roma para ser pasto de las fieras, en testimonio de Cristo. Al ser conducido a través de Asia, bajo la vigilancia cuidadosísima de los guardianes, iba dando ánimo con sus charlas y exhortaciones a las Iglesias de cada ciudad donde hacían parada.

[...] Si queremos resumir en una sola palabra el pensamiento y la preocupación primordial de San Ignacio, indudablemente no hallaremos otra mejor que unidad, pues él mismo se define: «Hombre aparejado para la unión», que traducirían nuestros clásicos.

Comienza proclamando la unidad de Dios desde su convicción, con toda sencillez, sin indicios de tener enfrente a nadie que la niegue. [...] La unidad de Cristo tiene enemigos, que han producido mucho daño en las comunidades de Siria y amenazan a las iglesias de Asia Menor a las que Ignacio escribe alertándolas. Frente a esos enemigos, Ignacio afirma su fe cristológica en fórmulas que seguramente ya ha fijado -al menos en parte- el uso litúrgico en la celebración del bautismo y que a finales de siglo formarán parte de la profesión de fe trinitaria emitida en el momento del bautismo y convertida finalmente en Símbolo de los Apóstoles. El acento recae sobre la naturaleza realmente humana del Salvador. Los enemigos de esta realidad humana del Señor merecen, para Ignacio, los peores calificativos: «fieras», «perros rabiosos», «lobos», «fieras en forma de hombre... Razón: solamente traen «división» y rompen toda «unidad: la de los cristianos con Cristo y la de los cristianos entre sí: rompen la unidad de la Iglesia. Como buen alumno de la escuela de Juan, Cristo es el principio y la fuente de la vida del cristiano: vida nueva, vida en la fe, vida según Dios, vida que debe tratar de imitar y reproducir la unidad «carnal y espiritual» —humana y divina— realizada en Cristo, formando misteriosa unidad con el Padre. Unido a Cristo por la fe y la caridad, el cristiano está unido, con él, a Dios. Esta unión implica, pues, la imitación, pero no una imitación consistente en copiar un modelo externo y lejano, sino un entrar en comunión con la vida divina. La comunión y unión plenas con Cristo se realizará a través de la muerte en comunión con la muerte de Cristo, «vida verdadera».

Camino de Roma

Lo cierto es que Ignacio, «el llamado también Teóforo (portador de Dios)», tuvo que ponerse en camino, como atestigua en sus cartas, para cumplir en Roma la condena por la que había de ser arrojado a las fieras. Escribe a los Efesios: pues, cuando oísteis que, por causa del Nombre [Cristo] y de la esperanza comunes, venía encadenado desde Siria con la confianza de que, gracias a vuestra oración, conseguiría luchar en Roma con las fieras para, al lograrlo, poder ser discípulo, os apresurasteis a verme» (I, 2). Y los despide diciendo: «Rogad por la iglesia de Siria desde donde, a pesar de ser el último de los fieles de allí, soy conducido a Roma encadenado al haber sido juzgado digno de glorificar a Dios» (21, 2).

[...] Y por San Ireneo de Lyon y por Orígenes sabemos que se le cumplió su más ardiente y acariciado deseo: ser arrojado a las fieras y morir mártir: «Escribo a todas las Iglesias y anuncio a todos que voluntariamente voy a morir por Dios si vosotros no lo impedís. Os ruego que no tengáis para mí una benevolencia inoportuna. Dejadme ser pasto de las fieras por medio de las cuales podré alcanzar a Dios. Soy trigo de Dios y soy molido por los dientes de las fieras para mostrarme como pan Puro de Cristo. Halagad más bien a las fieras para que sean mi sepulcro y no dejen rastro de mi cuerpo a fin de que, una vez muerto, no sea molesto a nadie. Cuando el mundo no vea mi cuerpo, entonces seré en verdad discípulo. Pedid a Cristo por mí para que, por medio de estos instrumentos, logre ser un sacrificio para Dios (Rm 4, 1-2).

En su persona y en sus escritos, San Ignacio presenta un modo de vida cristiana centrado en la imitación de Cristo para unirse a él, y con él al Padre. La imitación suprema se da en la identificación con él en la muerte martirial. Su espiritualidad es realmente una mística del martirio, teocéntrica a la vez que cristocéntrica, eclesial y litúrgico-sacramental, posible para todo cristiano. Todas sus cartas son importantes para la historia de la Iglesia y de su doctrina, y provechosas para nutrir la vida espiritual de todo discípulo de Cristo. Pero su carta a los Romanos debiera ser de lectura y meditación diarias de todo cristiano, cosa nada difícil hoy, si hay voluntad, pues existen excelentes ediciones al alcance de todos.

Culto

La carta de San Policarpo a los Filipenses nos deja entrever que el culto a San Ignacio comenzó nada más consumarse el martirio y fue general, pues de todas partes llegan peticiones de copias de las cartas del santo.

El Martirologio Antioqueno señala como fecha de la muerte de San Ignacio el 20 de diciembre del año 107, añadiendo que la muerte fue «en el anfiteatro» de Roma, y determina ese día para su memoria. La Iglesia bizantina continúa celebrando su fiesta ese mismo día, mientras que los martirologios latinos fijaban su celebración el 1 de febrero, hasta la última reforma, que señaló el 17 de octubre.